

falta y la necesidad de resarcirla. Entonces, ¿qué cambia el cristianismo? En gran medida el cristianismo refuncionaliza viejos rituales de penitencia pagana: escenas públicas de suplicantes, una codificación ritual del llanto, etc.; pero lo que introduce es la práctica permanente de conducción como un gobierno de las almas, dentro de una gubernamentalidad pastoral que vigila a todo el rebaño y al mismo tiempo desarrolla un saber individualizado de cada uno. Michel Foucault continuará con su estudio de las relaciones entre el sujeto y la verdad dentro de las técnicas de gobierno en su curso *Mal faire, dire vrai* en la Universidad de Lovaina.

Donovan HERNANDEZ CASTELLANOS

ISRAEL, Jonathan: *La ilustración radical. La filosofía y la construcción de la modernidad 1650-1750*. México: Fondo de Cultura Económica, 2012, 1004 págs.

La famosa primera parte de la trilogía sobre la ilustración radical de Jonathan I. Israel ha sido traducida recientemente al castellano por Fondo de Cultura Económica. Este enciclopédico primer volumen de más de mil páginas sienta las bases de una novedosa y controvertida concepción del período ilustrado que se basa en la reivindicación de la vital importancia de la llamada ilustración radical, conjunto de ideas, obras y pensadores hasta ahora considerados secundarios, que se infiltran en todas las capas de la sociedad y que tienen como punto de fuga de la figura de Spinoza. Como esqueleto de la obra sobre el que se superponen e imbrican la gran diversidad de corrientes intelectuales que Israel estudia se halla una tripartición básica: los llamados conservadores de la fe y la tradición, la ilustración moderada (neocartesianismo, leibnizismo-wolffismo y newtonismo) y la radical, coincidiendo las dos primeras, a pesar de su oposición, en la exigencia de la censura y disolución de toda expresión de lo que pueda considerarse el ala radical de la misma. Spinoza se erige, así, como un gigante cuya sombra se proyecta por toda la Europa en la segunda mitad del XVII, y que sintetiza los aspectos más genuinos de la ruptura con todo lo anterior que supone el movimiento que da título a este libro, de tal ma-

nera que ni siquiera las guerras confesionales que lo precedían tendrían comparación con la conmoción que las nuevas ideas radicales causarían a partir de la constitución del grupo holandés alrededor de Van den Enden y del propio Spinoza.

La obra está dividida en cinco grandes partes en las cuales se exponen las principales características del nuevo tiempo en relación con el anterior y el papel de la censura, las bibliotecas y las publicaciones de la Alta Ilustración (primera parte), la filosofía de Spinoza y el círculo en el cual tuvo su origen y sus primeros receptores (segunda parte), las nuevas controversias intelectuales que surgieron a partir de los mismos, centradas principalmente en la discusión de aspectos centrales de la autoridad, la fe y la tradición (parte tercera) y, finalmente, la contraofensiva intelectual y el progreso clandestino que hubo en los distintos países europeos, principalmente en Inglaterra, Francia, Alemania e Italia (cuarta y quinta partes). En ellas, Israel da cuenta de su titánica tarea de investigación de fuentes y de rastreo, por toda Europa, de los itinerarios de un gran número de pensadores, obras e ideas, que le confieren a la obra su carácter monumental y la convierten no sólo en un libro de consulta, sino también en una referencia indispensable para quien quiera estudiar el período aquí denominado de la Alta Ilustración (1650-1750). Por otro lado, el epílogo se hace cargo, aunque brevemente y centrándose en los aspectos ideológicos más generales, de la continuidad del ideario de este período y el de la Revolución Francesa. Es interesante resaltar aquí la especial utilidad que pueden tener para quien se sienta interesado por lo estudiado en esta obra la nada despreciable información acerca de las traducciones, ediciones y métodos de edición, bibliotecas, panfletos, deliberadas sentencias y diccionarios que aquí se ofrece.

El llamado período ilustrado ha sido objeto de numerosos y relevantes estudios y reflexiones, si bien la tesis del autor es que ninguno de ellos se ha hecho cargo del mismo de manera global (es relevante aquí que, explícita y brevemente, discuta únicamente con el estudio clásico de P. Hazard, sosteniendo que cifra el comienzo de la crisis de la conciencia europea demasiado tardíamente, en 1680). Contra esto, Israel toma su método interpretativo como esencialmente novedoso, ya que busca estudiar la Ilustración como un todo por medio de un análisis general y a gran escala, todo

lo cual combina con dos propósitos principales. El primero de ellos consiste en demostrar que la Ilustración es un solo movimiento cultural que comparte los mismos problemas, obras e intelectos, y que, por tanto, goza de una cohesión que no ha sido suficientemente afirmada hasta ahora. El segundo anuncia que dentro de este integrado movimiento cultural tiene un papel fundamental y nunca justamente reivindicado la Ilustración radical, la cual, lejos de ser un suceso menor, presenta una cohesión aún mayor que la rama moderada. Autores como Van den Enden, Luis Meyer, Vico, Doria, Concina, Uriel da Costa, Warmond, Bekker, Shaftesbury, Radicati, Vauvenargues, los hermanos Koerbagh, Beverland, Toland, Mandeville, Boulainvilliers, Leenhof, Tschirnhaus, Buddeus, Stosch, Edelmann, Wachter, La Mettrie, Diderot, el primer Rousseau, Blount, Collins, Tindal, y un largo etcétera, entran dentro de esta corriente altamente integrada. El presente volumen se centra, como lo harán también los posteriores, en la exposición del contenido de un gran número de obras filosóficas y literarias que forman parte o se vinculan con esta corriente, así como en aspectos muy esclarecedores acerca de su impresión y recepción. Con el objeto de representarse la cohesión del conjunto, Israel ofrece, a lo largo y ancho de la obra, numerosas definiciones y caracterizaciones del radicalismo filosófico incipiente, que es predominantemente francés, holandés y alemán en su origen. En la mayor parte de ellas señala que no lo son tanto por su estricta adherencia al sistema de Spinoza, ya que muchos de ellos no habían tenido acceso directo a sus obras, sino por compartir intereses comunes que encuentran su cristalización sin fisuras en las mismas. Así, los ilustrados radicales de todo cuño pretenderían acabar con las estructuras tradicionales existentes en su totalidad (sociales, políticas, económicas, religiosas): la noción tradicional de creación judeocristiana, de la divina Providencia y la Revelación, con la concepción de los milagros, la inmortalidad del alma y el sistema de recompensas y castigos ultraterrenos (que llevaría a una desvalorización de la existencia en la Tierra, única que esta corriente sostiene que se puede afirmar que se da), con la jerarquía social ordenada por cualquier divinidad y con la concentración de privilegios por la sangre. Por último, todos ellos podrían considerarse firmes defensores de que el universo opera bajo una sola serie de re-

glas gobernadas por la naturaleza y mecánicamente determinadas, de que no hay bien ni mal absolutos y de un republicanismo y democratismo basados en la reivindicación de una irrestricta libertad de pensamiento y una abierta tolerancia. En contra de este ánimo de dinamitar y de expandir el ámbito de lo decible y pensable se encuentran en esta obra personajes como Newton, Locke, Voltaire (este último sobre todo en el segundo volumen), Thomasius, Wolff, Schmidt, Nieuwentijt, s'Gravesande, Feijóo, Piquer y Leibniz, algunos de los cuales (principalmente Wolff y Schmidt), con todo, contribuyeron de una manera crucial a la expansión de la obra de Spinoza, ya que realizaron una importante labor de transcripción y comprensión de partes de la misma con el objeto de poder con ello proceder a su desmantelamiento de forma eficazmente lacerante y definitiva. Otro de los intereses fundamentales del autor es acabar con la idea de la existencia de ciertas Ilustraciones nacionales no unificables, especialmente con la que afirma que la Ilustración fue un fenómeno predominantemente inglés. Lejos de esto, sitúa el furor por las ideas inglesas (*anglomanie*) en un período determinado (desde 1720) e intenta dar cuenta de que tiene una importancia muy menor de la que se le ha dado y de que se ha dejado de lado la influencia continental en las islas.

En el segundo volumen de la trilogía, Israel establece una división nueva dentro de lo que aquí denomina Ilustración radical, refiriéndose a los autores tempranos como precursores de los posteriores filósofos radicales, ya pertenecientes al siglo XVIII. Creemos de interés traer a colación este segundo trabajo porque ilustra con claridad ciertas simplificaciones que pueden estar operando bajo el edificio de tres patas. Efectivamente, en la Introducción, Israel cifra la diferencia entre una Ilustración "mainstream", moderada, y una radical en la distinción entre la sola razón ("reason alone") y la razón combinada con la fe y la tradición ("reason combined with faith and tradition"). Esta distinción plantea de entrada más interrogantes que soluciones y permite enumerar brevemente ciertos aspectos discutibles del volumen aquí reseñado: la oposición implícita y explícita que se establece aquí entre razón y fe-tradición, así como la identificación entre un las dos últimas y la autoridad política, la unificación de la filosofía anterior al período estudiado alrededor de la confesionalidad

y la divinidad sin mayores matizaciones, la falta de referencias acerca del tratamiento de cuestiones cruciales como la de la tolerancia en cualquier reflexión previa, y el tratamiento de las creencias religiosas como si de meras supersticiones se tratasen. También ha de reseñarse que hay ciertos aspectos que quizás llamen la atención negativamente a algunos lectores, como son la escasez de reflexiones afinadas acerca de antecedentes de la corriente y época citadas (escasez deudora de resaltar el aspecto de novedad radical), la ausencia de matizaciones a la hora de exponer tesis de larguísimo alcance (como es la de la condición de la Reforma y la Baja Ilustración de ser “notas al pie” de periodos anteriores) y el análisis mismo de las ideas ilustradas como si provinieran de mentes en gran parte ajenas a su misma concreción histórica.

También con el objetivo de dar una mayor concreción a estas dos corrientes, Israel hace una exposición algo más detallada del sistema metafísico de dos filósofos, fundamentalmente. El primero de ellos, Spinoza, hace su aparición en el argumento de la obra, como muchos otros pensadores y, en definitiva, como todo el impulso de la Ilustración radical, como si de un relámpago en el cielo nocturno se tratara (la actitud de Israel en estos casos se refleja fácilmente en aserciones como esta: “desde el surgimiento del cristianismo y hasta mediados del siglo XVIII sólo Spinoza niega categóricamente la posibilidad de que existan los milagros y los sucesos sobrenaturales causados por la magia”, sin ninguna referencia). Quizás las tesis de la obra perderían en espectacularidad pero, sin embargo, ganarían en justeza, si el lector no encontrara con excesiva frecuencia expresiones tales como “choque”, “agudo peligro”, “gran conmoción”, “ruptura radical”, “novedoso”, “inmensa turbulencia”, y otras que indican novedad y ruptura totales; no será amigo de este libro quien aprecie las matizaciones en estos puntos. Si bien Israel aduce que los argumentos ateístas, como sostenían algunos de los radicales a los que menciona, existen desde tiempos inmemoriales, Spinoza aparece a menudo como el más consecuente y profundo sistematizador de los mismos que no podía sino inaugurar una nueva época. Es necesario explicitar, por la gran importancia que tiene esto para el argumento de la obra, que el autor nos presenta a Spinoza como un pensador cuyas motivaciones intelectuales son liberar a los hombres de la supers-

tación y de toda forma de religiosidad (que está dirigida sólo y necesariamente a procurar la obediencia de los creyentes dentro de una sociedad determinada) mediante, entre otras cosas, la exaltación de la rebelión (contra Hobbes) y la construcción de una ontología que permita una comprensión de lo real como no escindido en dos planos separados. Los capítulos dedicados a Spinoza (VIII, IX y XIII, concentrados en la segunda parte antes indicada), se centran en las dificultades que sufrió para cortar definitivamente con su religión y su estatus económico y social ya antes de 1656, cuando le expulsaron de la Sinagoga, y en su relación con el círculo de Van den Enden, relación en la que Spinoza tiene un papel predominante, puesto que la autoría de muchas de las ideas del círculo provendrían de él, y no de su supuesto maestro. No encontramos, sin embargo, que Israel se tome en serio la relación de Spinoza con sus raíces judías y la vinculación que su sistema podría tener con las mismas, vinculación que parece necesario establecer o discutir en vez de ignorar o incluso de sostener que ambas concepciones están en abierta contradicción (página 211; en este mismo sentido, un estudio algo más pormenorizado de las ideas coincidentes con judíos expulsados como Uriel da Costa y con la tradición maimonídea creemos que podría matizar, entre muchas otras cosas, la radical novedad e impacto de ideas de Spinoza tales como las de la negación de la creación, los milagros, la vida después de la muerte, e incluso la misma concepción de la divinidad, que Israel casi establece como algo subordinado a los aspectos morales y políticos). Spinoza es dibujado también en numerosas ocasiones como un Hobbes más radical, como aquel a quien verdaderamente leían muchos de los ingleses que se había considerado que tenían influencia del filósofo inglés y, sin embargo, se le cuenta también entre los mayores detractores del absolutismo y de la noción hobbesiana de “derecho”. Lejos de esta concepción, para probar o sostener la cual Israel no parece poder y no ofrece referencias, parece relevante ahondar en las afinidades entre dos autores, que pueden descubrirse bastante mayores de lo que se quiere demostrar en este escrito; al faltar referencias y evidencias textuales suficientes para hacer el análisis entre el pensamiento de ambos, las comparaciones y refutaciones a ciertas tesis clásicas (como la enorme importancia de Hobbes

en Inglaterra) no pueden cristalizar adecuadamente. Por su parte, Leibniz, el segundo filósofo al que le dedica un estudio más detallado y por ello creemos justificado comentar aquí, aparece caracterizado como una gran personalidad de la época que tenía relación con personajes muy cercanos a Spinoza y que, incluso, había estado al borde de caer en el spinozismo, como él mismo afirma en un texto que Israel transcribe. El capítulo, por otro lado bastante satisfactorio en lo tocante a la exposición de las relaciones que mantenía Leibniz con los radicales y otros que no lo son tanto, parece renquear en lo que Israel considera los principios fundamentales de su pensamiento metafísico. De manera algo sorprendente, aparecen de vez en cuando destellos en el texto de cierta antipatía hacia las sutilezas del pensamiento metafísico y una cierta incompreensión de las distintas actitudes religiosas, actitudes que, por otro lado, se dirían perjudiciales para un tratamiento suficientemente informado de los asuntos que se tratan en esta obra. En la exposición de las principales doctrinas de la filosofía de Leibniz en su *Discurso de la Metafísica* (páginas 635-637), Israel afirma que las mónadas son “puntos invisibles de energía que (...) en sí son inmatemáticas pero congregadas forman los componentes constitutivos de la materia”, ofreciendo una noción no poco confusa de lo que pueda estar jugando en estas consideraciones.

Finalmente, ha de decirse que, desgraciadamente, la encuadernación no resiste varios embistes de estudio serio a pesar de cobrarse como si lo hiciera. Es ampliamente sabido que Fondo de Cultura Económica está haciendo una gran labor de traducción y difusión de obras monumentales que, por otro lado, no suelen adolecer de este defecto, y no deja de sorprender que una edición de gran tirada como esta lo haga. Por lo que respecta a la traducción, es fluida y fácil de leer como el inglés de Israel, aunque se cometen ciertos errores o inexactitudes que sin embargo afectan sólo levemente a la comprensión de la obra (no la situación de Oviedo en Galicia, traducción literal de Israel, en la página 662, sino cosas como la traducción de “is sufficiently obvious” por “la cosa parece con claridad”, en la 322) y, sobre todo, resulta aparentemente arbitraria a la hora de traducir ciertas obras y ciertos nombres y no otros (“Lodewijk Meyer” por “Luis Meyer”, “sixth meditation” sin traducir, etc.).

Por todo lo anterior, y también a pesar de todo lo anterior, podemos decir sin temor a errar que la obra es una referencia completamente indispensable para quien se las quiera haber con el fenómeno de la Alta Ilustración europea, principalmente por su carácter enciclopédico y a la ingente tarea investigadora que cristaliza en ella, de gran importancia a la hora de tener una perspectiva lo más informada posible sobre este fenómeno.

Inés LÓPEZ

NOGUEROLAS JOVÉ, MARTA: *Fernando Savater. Biografía intelectual de un “joven filósofo”*. Madrid: Endymion, 2013, 464 págs.

El estudio de Marta Noguerolas sobre Fernando Savater, prologado por el propio filósofo, constituye sin duda un trabajo muy necesario. Se trata de nuestro pensador vivo más conocido internacionalmente (con especial proyección en Latinoamérica) y con una ingente producción que hasta la fecha apenas había sido objeto de algunas tesis doctorales y monografías centradas en algún aspecto particular de su obra. Lo que se propone en este libro es una biografía intelectual que abarca la integridad del periplo savateriano, desde 1970 hasta el año 2000.

A la dificultad que implica siempre el estudio de un autor vivo, con mucho que decir todavía y capaz de contestar las interpretaciones que se hagan de su obra, se añade, en este caso, la extrema dispersión de las fuentes. Hay que recordar que se trata del “filósofo periodista” más relevante en España, al menos desde Ortega. El artículo de prensa posee en Savater casi más valor que sus ensayos; testimonia un filosofar ágil, abocado al diagnóstico de una actualidad tan movida como la que transita en España desde las postrimerías del franquismo hasta el ingreso en el euro. Aunque Savater privilegió las intervenciones desde la tribuna de *El País*, su producción periodística se plasmó en una extraordinaria variedad de medios. Por esta razón es un mérito muy destacable del trabajo que comentamos el empeño para recopilar, trazar el repertorio y analizar la práctica totalidad de las fuentes, una labor recogida en el amplio “Anexo bibliográfico” (de casi cien páginas) que acompaña al estudio.

Marta Noguerolas fija así el *corpus* de Savater, establece por primera vez una periodización per-